

CLAVE

«SI SUBO A LA TORRE Y TOCO LAS CAMPANAS
LA ABADESA DICE QUE SOY HOLGAZANA...»

La sabiduría popular pone en boca de una joven novicia el poco interés que la música, ya fuese de campanas o de cualquier otro instrumento, despertaba en muchas órdenes religiosas. Algunas permitían que las jóvenes que entraban en religión llevaran al convento, como recuerdo del mundo que dejaban, algún instrumento musical para entretener las horas libres, que eran muy pocas o ninguna.



Este clave, fabricado por el vallisoletano Zeferino Fernández en 1750, acompañó a una joven monja en su retiro del monasterio de la Purísima en Olmedo y, probablemente, una vez fallecida su propietaria, pudo sufrir el intento de convertirlo en un fortepiano, que era lo que se debía de llevar a comienzos del siglo XIX.